

EL DIARIO DE BUSTAMANTE

Rafael Heliodoro VALLE

EN LA BIBLIOTECA DEL ESTADO de Zacatecas se encuentran los originales inéditos —en espera de que algún día se les dé a la estampa— del *Diario histórico* de don Carlos María de Bustamante, quien tenía obsesión de escribir todo lo que oía o presentía, dejando un arsenal de noticias curiosas y de papeles impresos de la época que hoy equivalen a oro fino con mezcla de similor. Bustamante lo escribió (41 volúmenes) desde 1822 hasta 1841. Se trata de una fuente magnífica de informaciones de primera mano que desconocen muchos investigadores (sólo se ha publicado el primer año, por don Elías Amador, en Zacatecas, 1896, y abarca desde el 6 de diciembre de 1822 hasta el 31 de diciembre de 1823).

Por ese diario desfilan todos los personajes que fueron contemporáneos de Bustamante y la gente menuda que tuvo alguna importancia en algún incidente o sucedido. Morelos, Victoria, Guerrero, el P. Mier, Bravo, Santa Anna, Bustamante, Gómez Farías, Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala, Juan de Dios Cañedo; en fin, todos los sabios y los generales de aquella época tormentosa. Se puede incluir muy bien ese diario en la serie en que figuran los de Robles, Castro, Santa Anna y Güijo, y, para cuando se publique, el del escribiente Bervete.

Bustamante es el caso típico del grafómano que confía sus recuerdos al papel. Dejó materiales novedosos que no pueden encontrarse en los periódicos de la época. Era fundamentalmente un periodista, que dió cuenta de todo cuanto le contaron o sospechó, y no tuvo el menor escrúpulo para bajar, muchas veces, al nivel de la indiscreción y la cuchufleta, que tanto gusta a los politicastro que creen que lo que ellos suscriben es la verdad histórica. Del *Diario* de Bustamante se pueden extraer innumerables noticias que deben ser cotejadas escrupulosamente, porque él dejaba correr la pluma con una facilidad asombrosa, engarzando epítetos, chistes, bufonadas, todo eso que es la espuma de la resaca violenta en que a veces

se irisa la espuma del folklore. Para él, escribir era algo así como un acto fisiológico.

Ese vasto acervo —en el que falta el tomo VI, hoy en poder de alguien cuya pista ha localizado el ingeniero Vito Alessio Robles— fué depositado por Bustamante en el Colegio de Guadalupe, a poca distancia de Zacatecas, y por uno de esos azares de la suerte, fué a parar a la Biblioteca del Estado. Como en una gruta llena de estalactitas, el lector se sumerge en esos papeles, con ávida curiosidad, seguro de hallar novedades y de saborear, como pocas veces, la charla pintoresca, entretenida, de este relator que escribía en caliente sus emociones y volcaba con sinceridad desnuda sus caudales de pasión, de odio, de frenesí. Tuvo el desplante de “inventar al historiador” Fray Manuel de la Vega, a quien hizo aparecer (1826) como autor de la “Historia del descubrimiento de la América Septentrional por Cristóbal Colón”. Se diría que el tiempo le hostigaba sin piedad; y que, en medio de su vida agitada, parecía encontrar sosiego dejando resbalar su pluma a la luz de la lámpara, siempre en acecho de cuentos y dichos, utilizando siempre la jerga popular. Fué la suya una época de convulsiones sin tregua, en la que apareció ese género de periodistas que no estaban quietos hasta no extraer del papel y la tinta lo que iban dejando en hojas volantes, con títulos que comenzaban en dos versos colocados en prosa. Aquel “Pensador Mexicano”, aquel Villavicencio, el mismo Padre Mier, otro risueño alborotador.

Ardua tarea va a tener quien se eche a cuentas la de imprimir ese *Diario* —que lo era en el buen sentido periodístico de la palabra—, anotándolo convenientemente, fijándose en que don Carlos era un hábil tergiversador de noticias, un buscabullas a quien le encantaba mutilar textos, urdir embustes, poner apodos; y tendrá también que descifrar algunas expresiones que han caído en desuso o identificar a muchos de los personajes de farándula que nunca faltaban en el escenario de los títeres bustamantinos. . . Don Carlos tuvo a bien hacer revelaciones de algunos seudónimos o dar fe de los autores de versos volanderos. Se sentía siempre un reportero, y lo fué, en verdad, con todos los errores de quien escribe aprisa; pero con frecuencia dejaba un residuo de verdad en lo que iba

de sus oídos a la cuartilla de papel. La gran tarea de quien edite ese libro, será la de escarmenar con diligencia hasta que en sus manos queden, libres de la impura broza, el oro neto y el cobre cabal.

Una ojeada a los volúmenes permite mostrar algunos ejemplos de la técnica de Bustamante. Una de sus inevitables obsesiones era la de apuntar cada día el estado de la atmósfera; de modo que parecía pensar en que alguna vez los investigadores tendrían que explicarse las peripecias de la política por la temperatura ambiental.

El 8 de septiembre de 1823 informa que ha circulado sobre las esquinas de la ciudad, desde el 28 del mes anterior, una décima que atribuye al Padre José Sartorio:

*Llegó Agustín ¡qué consuelo!
Ya no lloremos su ausencia:
la divina Providencia
nos lo ha puesto en este suelo;
y pues nos ofrece el cielo
aumento de tanto gusto,
demos con júbilo justo
el grito más lisonjero:
¡que viva Agustín Primero,
nuestro emperador agosto!*

En seguida tiene a bien añadir la hoja impresa que había salido de la imprenta de Martín Rivera, “pasquín sedicioso —dice— que los anti-políticos iturbidistas andan secretamente sembrando en el público”. Según él, era el dominico Padre Soto el autor. Nadie ha detestado tanto a Iturbide como Bustamante, y si algún biógrafo del célebre jinete del Bajío y coronel del regimiento de Celaya fuera a documentarse en las filípicas que don Carlos le endilga, se encontraría con un monstruo impar, un esperpento.

En esos días llegaron a la capital los restos del general Morelos y se habló mucho sobre la captura de aquel aventurero francés, Octavio d’Alvimar, que se hizo pasar por enviado confidencial de Napoleón cuando la guerra estalló en el pueblo de Dolores. El 12 de noviembre propuso, desde su curul de diputado federal, que Antón Lizardo, puerto del Golfo de México, se llamara Morelia.

No podía olvidar una noticia: el 12 de noviembre, en el

convento viejo de Belén, se inauguró el establecimiento de enseñanza mutua y normal de la Filantropía, a iniciativa de la Compañía Lancasteriana, habiendo sido nombrado director don Juan Manuel Codorniú. Pero frente a este dato para la historia de la cultura, opone el chisme: Jacobo de Villaurrutia—su amigo, su maestro, desde que ambos fundaron el *Diario de México*— fué nombrado miembro de la Comisión de Constitución, y al día siguiente don Miguel Ramos Arizpe “se dió por ofendido”.

Continúa el diario bustamantino: “4 de diciembre. El señor Marín ha hablado con el más alto desprecio de las doctrinas de Rousseau, tratándolo de loco. No tengo por muy cuerdo al que hace esta calificación del profundo filósofo de Ginebra sin haberlo entendido”. (Más tarde, en 1833, Bustamante decía que el *Contrato Social* y Bentham tenían la culpa de las desgracias de México.)

La lectura del *Diario* en 1824 va creciendo en interés. A fines del anterior ya estaban en la capital el ministro inglés Mr. Leonel Hervey y el secretario de la Legación Mr. Ward. En *El Sol* (6 de marzo) aparecieron los textos de los brindis que se pronunciaron en el banquete que les ofreció el gobierno. “Esos caballeros—dice Bustamante— parece que no le han hecho el fiero al mole poblano y al pulque de piña: es buena política comer de lo que ofrece el país extranjero, pero muy sabrosa cuando las viandas son como éstas de un gusto muy agradable.”

El 9 escribió: “Ayer se quitó por orden del gobierno el cartel de la comedia en que anunciaba que se representaría la comedia de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. Pintábase en sus decoraciones los pajes del señor Arzobispo Zumárraga bailando el jarabe.” El 21 hizo constar: “Bella temperatura natural, sana política. Calor irregular. Buen tiempo aunque ventoso”, y puntualizaba que el apodo que le puso el P. Mier a don Miguel Ramos Arizpe era “el toro chicharrón”. En esos días se hallaba más desenfadado que nunca y abrió la puerta franca a los refranes (1º de marzo), pues refiriéndose al brigadier Felipe de la Garza no tuvo empacho para escribir: “Esta garza jamás pasará de guajolote.” Alude en una página siguiente al “General Manteca”; habla del

“tango negro” y del “jarabe gatuno”; menciona después (1º de julio de 1833) la muerte de don Pablo de la Llave, el botánico y Ministro de Relaciones Exteriores; lo llama “una calabaza”, pero refiere que hacía dos años publicó la traducción de algunos Salmos del hebreo “en que dicen que estaba bastante versado” (dicen que dicen. . .). Al calificar al biógrafo José Mariano Beristáin y Souza —el que habló desde el púlpito contra el cura Hidalgo— le acusa de que su *Biblioteca de la América Septentrional* sólo habla de los “gachupines” —lo cual es imperdonable error, porque allí figuran Sor Juana, Ruiz de Alarcón y numerosos criollos, indios y mestizos mexicanos—; y al hablar (6 de julio) de la muerte del periodista cubano Antonio I. Valdés, dice que era “perverso” y amigo y confidente de Gómez Farías. Aquel día los generales Arista y Durán dirigieron una carta al general López de Santa Anna, desde Puebla, proponiendo que una convención nacional “dé a la nación mexicana la forma de gobierno que le parezca conveniente, no siendo la de república federal, por estar ya demostrado que sólo produce males”. Le gusta engarzar latines y latinajos. Habla de movimientos de tropas, reproduce noticias de los Estados, rumores populares, cohetes, repiques, anécdotas. Y al empezar su relato de cada mes, pone su rúbrica y la adorna con frases como ésta: “Tribulación y tempestad —tribulaciones sin cuento.”

El 6 de agosto de 1833 apareció el cólera en la capital. De su santuario fué llevada en procesión a la Catedral la Virgen de los Remedios; otros rezaban la novena de San Roque; otros hicieron salir de Santo Domingo al Señor de Santa Teresa. El obispo de Puebla, don Francisco Pablo Vázquez, lanzó una pastoral. Al 26 de agosto habían sucumbido en la metrópoli más de 8,000 atacados. “Una instantánea gangrena —escribe— en los intestinos por la diseminación activa de la bilis.” Ha conversado con el dramaturgo de *Contigo pan y cebolla*, don Manuel Eduardo de Gorostiza (12 de agosto). Ha sabido que están graves la esposa del licenciado Manuel de la Peña y Peña, y la del general José Mariano Michelena; y la señorita —muy bella— Olaya Cosío de Paredes. Pero lo que más le consterna es que una de las víctimas haya sido su gran amigo, con quien fundó el *Diario de México*, un

civilizador de origen dominicano, que hizo mucho bien en Guatemala y México. “Muy malo ha amanecido hoy (23 agosto) el S. D. Jacobo de Villaurrutia. Al verlo ya con todas las señales de la muerte no pude menos de lanzarme sobre él, le abracé estrechamente la cabeza y lloré como pudiera sobre la de mi buen padre. Él dejó que usase de esta confianza que me concede un amor entrañable y un cariño antiguo, y con voz bulbuciente me dijo estas palabras: *Serenidad, serenidad, esto he dicho a Victoriana [su esposa] que tenga.* La señora se deshacía en lágrimas. ¡Qué tranquilidad de hombre en aquel lecho! ¡qué filosofía de cristiano! No moriréis así, malvados que en parte vais a causar la pérdida de este nuevo Aristides, y de cuyo hijo Eulogio, primera víctima de vtro. despotismo, se ve privado y no puede darle el último adiós porque le tenéis en un arresto.”

Y luego (24 de agosto) :

Muerte de D. Jacobo Villa Urrutia. A la una de la mañana murió el S. D. Tomás Salgado, y a la una de la noche de hoy, mi respetable amigo el S. D. Jacobo Villa Urrutia y Osorio. Ambos fueron mis amigos; pero éste fué predilecto de mi corazón. Sus virtudes como hombre público y como ciudadano y padre de familia, fueron relevantes. Nació en la Isla de Sto. Domingo. Page del S. Cardenal de Lorenzana, pasó con él a Toledo, aviendo estudiado filosofía en Sto. Domingo y México. Estudió jurisprudencia en Valldd. de España, se borbó en Alcalá de Henares en Artes y fué corregidor de aqa. ciudad. Vino a Guatemala de oydor, y después de alcalde del crimen de México; fué también oydor de esta Auda. En 1814 fué remitido a España por los informes del Virrey Calleja; logró indemnizarse ante el Rey, y éste le nombró Decano de la Auda. de Barcelona. Luego q. supo q. México era independiente, pidió licencia pa. propagar las ciencias y el buen gusto; pero en el Mar fué saqueado por los Pyratas, y reducido a estado de pobreza. Menos por mi amistad q. por respeto a sus virtudes, como Diputado q. era yo por México en la legislatura de 1824, pedí a nombre de la Prova. q. representaba q. se le restituyese a su plaza de oydor conservando su antigüedad, como si no hubiera hecho ausencia de México; el Supremo Poder ejecutivo accedió a mi petición, y se le nombró Regente del Auda. de México; mas D. *Lorenzo Zavala* lo despojó de ella prq. no coincidía con sus ideas, y quedó reducido segda. vez a un estado de pobreza; pero el Presidente Victoria le confirió una Plaza de Juez de Letras q. sirvió con edificación de los q. conocían su humildad. Después se le nombró Juez de circuito y distrito; finalmente los Estados le nombraron Magistrado de la Alta Corte de Justicia, Plaza q. le disputó y obtuvo (cosa singular) D. Tomás Salgado, q. murió *horas antes* q. él. La legislatura del Congo. Gral. de 1831 y 1832 le nombró Presidte. de la Suprema Corte q. desempeñó con dignidad. La actual legislatura nombró a Salgado; de

manera q. el uno spre. se rozaba o alternaba con el otro. Ultimamente en el presente año el S. Villa Urrutia era Presidente de la Academia de Nobles Artes de México, o sea de S. Carlos. Este hombre apreciable echó las primeras semillas del buen gusto en Guatemala; influyó en la reforma del Plan de estudios de aqa. Universidad, y fundó la Sociedad económica de dha. ciudad, así como fundó la de enseñanza de primeras letras hace dos años en México. Todo su esmero y conato era hacer feliz en lo posible a su Patria y elevarla al mayor grado de esplendor. Murió con la pena de q. su hijo el coronel D. Eulogio Villa Urrutia quedaba preso en la Inquisición, hecho víctima de la facción q. hoy aquexa a su Patria... murió sin *verlo*. He aquí los justos motivos q. me obligan a llorar la pérdida de un hombre cristiano, dulce, muy sensible, y muy Patriota; dexa una numerosa familia compuesta de cinco niños chicos havidos en su segundo matrimonio en Da. Victoriana Borsi. Su primera esposa fué Da. Ma. Ramona de la Fuente, ambas señoras españolas y muy recomendables. Deseoso de la propagación de la moral cristiana, se encargó de reimprimir la obra titulada de *El Evangelio Meditado*, reformando su lenguaje y traducción española. Sólo publicó de él tres tomos, y lo más sensible es q. el q. se encargó de la recaudación de la suscripción se tomó gran parte del dinero y quedó descubierto como en tres mil ps.; espina q. punzaba en su corazón, y q. llevó al sepulcro. Es regular que lo [ilegible] su viuda. ¡Bendito sea el Señor q. lo llevó a su cielo, donde pronto espero verlo y gozar de su dulce amistad! Pasemos a otra cosa, porq. me atormenta la idea de esta pérdida tamaña.

Hay una nota (2 de agosto de 1833) que debe figurar en la biografía del poeta cubano don José María Heredia. Bustamante escribe:

El Licenciado Heredia ha sido nombrado fiscal de la Audiencia de Toluca. Esto no merece consignarse en la Historia, pero sí la causa que motivó ese nombramiento. Él era diputado y se había mostrado justo con los pícaros del Congreso, cosa que chocaba por sus anteriores aberraciones. Acordóse en aquella asamblea de bribones proponer cinco sujetos cada diputado para que fuesen expulsos de la República; él abrió la discusión proponiéndose a sí mismo y a otros cuatro diputados a quienes dió el título de pícaros, como a un *Ariscorreta*, a un P. *Guadarrama*, etc., etc. Al oírlo se le fueron a las barbas reconviniéndole con aspereza, y él les rezpondió con la misma haciéndoles ver que eran unos malvados los que solicitaban la ruina de unos hombres de bien que no tenían más delito que diferir de sus opiniones. Por último concluyó renunciando la diputación y echándolos noramala.

Este diario curiosísimo, ya para cerrarse, ofrece una de las duras invectivas de Bustamante. El 22 de enero de 1841 escribe: "Hoy es día de *Gran Pesebre* para don Anastasio Busta-

mante, porque es lo del santo de su nombre... Lo peor de todo es que con esta baraja sucia y apestosa es preciso jugar y pedir a Dios que no falte la gran bestia de Bustamante, porque vendrá otro que será peor que él ¡qué desgracia de nación!”

En esas páginas está reflejada la personalidad del Bustamante buscabullas, recalcitrante en sus ideas, patético a veces, dejando traslucir la melancolía que le embargaba al no ver el México que había soñado desde sus días azarosos de diputado a salto de mata, cuando Morelos caía como un rayo sobre los mejores generales de España en América. No importa que haya perpetrado errores, que haya hecho afirmaciones sin haber mostrado pruebas, anotado manuscritos preciosos sin haber leído los textos, confundido al oidor Zurita con don Diego Muñoz Camargo; porque su oficio fundamental fué el de un escritor que podía mañana contradecirse, pero siempre luchaba contra los impostores de la política, los logreros y los desvergonzados. Su mejor elogio lo hizo don Lucas Alamán: “Esta actividad de Bustamante, este su empeño en dar a conocer obras que sin él no se habrían publicado nunca entre nosotros, ha contribuído mucho a despertar la afición al estudio de la historia nacional, y si no la ha escrito, ha dejado ciertamente en sus obras mucho de lo que se necesita para escribirla, y quien emprenda hacerla tendrá frecuentemente que ocurrir a aquéllas.”

Escritor profesional, utiliza el periodismo y la hoja volante para hablar sin ambages. Y desde el *Diario de México* (1805) hasta *La Marimba* (1832) vuelca noticias, comentarios, flores malsanas y perlas de ternura —como esa página sobre su maestro Villaurrutia—; y para hacer culminar dignamente su vida de mexicano irreductible, muere en la angustia de ver a su patria caída y mutilada, y ya sin pluma para pelear, recurre al fusil de chispa, herido en lo más hondo su corazón de prócer.